

esencial. Sandra Souto ofrece una obra extraordinariamente documentada sobre el papel que desempeñó la juventud no solo en sus organizaciones y en los campos de batalla, sino también en la movilización de la retaguardia, en la política cultural de la República en guerra, en la producción agrícola e industrial, en la asistencia a la infancia o en la movilización de apoyos extranjeros a la causa republicana. Un trabajo

así, además, no solo refleja la importancia de la juventud como actor histórico en un periodo tan trascendental como la guerra civil de 1936-1939, sino que contribuye a construirlo como tal actor. Y, del mismo modo, muestra que la juventud, al menos desde el primer tramo del siglo XX, no solo refleja los cambios sociales, políticos y culturales de su tiempo, sino que contribuye a inducirlos y definirlos.

---

José Luis Ledesma

Universidad Complutense de Madrid  
jledesma@ucm.es

**THOMAS, María: La fe y la furia. Violencia anticlerical popular e iconoclastia en España, 1931-1936.** Granada, Comares, 2014, 258 págs., ISBN: 978-84-9045-149-6.

Contextualizar e historizar la violencia anticlerical de los años treinta en España: ese es el principal objetivo que María Thomas se plantea en *La fe y la furia*. La obra, fruto de una investigación de historia social y cultural desde abajo aderezada con una sólida base antropológica, defiende que el anticlericalismo constituyó un fenómeno en transición y un componente vital del rápido cambio social, político y cultural que experimentó España en los años treinta. Por entonces la virulencia anticlerical alcanzó una escala e intensidad nuevas. El libro pone rostros a los protagonistas de dicha violencia y desentraña los motivos, mentalidades e identidades colectivas que subyacían a ella. Contextualiza, además, esa violencia en la intensa movilización que protagonizaron católicos y anticlericales, cuyas identidades se fueron construyendo desde comienzos del siglo XX.

Dada la ausencia de fuentes documentales sobre la violencia anticlerical anterior a la sublevación militar, la Causa General representa la fuente primordial de la investigación. De su análisis se desprende que fueron los trabajadores anticlericales sus principales protagonistas tanto en el mundo urbano como en el rural. De ahí que sean ellos el sujeto central de la obra desde el primer capítulo. Se aborda ahí la configuración de su identidad anticlerical durante el primer tercio del siglo a partir de una doble experiencia: por un lado, el conflicto entre anticlericales y católicos por controlar y dotar de significado el espacio público, dominado por la Iglesia, en una sociedad en la que las transformaciones políticas, sociales, demográficas y culturales derivadas de la industrialización modificaron «la naturaleza del anticlericalismo popular español “tradicional”»

(p. 21); por otro, la lucha de los trabajadores por repeler la creciente intrusión en su espacio privado por parte del Estado, legitimado por la Iglesia. En el transcurso de ese doble enfrentamiento los trabajadores crearon una esfera pública propia, con formas alternativas de socialización e iniciativas culturales y rituales en las que estaba muy presente el anticlericalismo. Es esta una línea interpretativa recurrente en el libro para explicar la violencia anticlerical de los trabajadores en los años treinta.

La democracia de masas que construyó la República se desarrolló, según Thomas, como una lucha entre los católicos, movilizados contra el nuevo régimen, y la República secularizadora apoyada por trabajadores anticlericales, aunque en tensión con ellos también. Sería la frustración ante el escaso éxito de las medidas secularizadoras republicanas, lo que llevó a un gran número de trabajadores anticlericales a solucionar el problema en la calle. Provistos de una creciente determinación, derivada del intenso proceso de politización y sindicalización que impulsó la República, actuaron tanto para alterar el equilibrio de poder en los espacios públicos en detrimento de las fuerzas católicas, como para secularizar la sociedad desde abajo. Cuanto mayor era la movilización católica para protestar por la política de la República, más se toparon con el sabotaje y las contramanifestaciones de grupos de trabajadores políticamente organizados.

Las aportaciones más significativas del libro se encuentran en las páginas dedicadas a poner rostros a los autores de la violencia anticlerical desatada tras la insurrección militar. La muestra de 151 personas, extraída de los registros de la justicia militar franquista para las provincias de Madrid y Almería, con-

firma el perfil predominante del anticlerical joven, varón, militante político y de clase trabajadora como principal protagonista de la violencia. Esta constituyó, para Thomas, un fenómeno profundamente político, entrelazado «con el conflicto de clase y el activismo político de la izquierda» (p. 129). Con todo, un porcentaje significativo de la muestra corresponde a individuos de clases medias urbanas y rurales. La identidad anticlerical fue, por tanto, transversal a otras identidades políticas y sociales. Aunque la filiación mayoritaria de los protagonistas de la violencia se sitúa en la izquierda socialista y anarquista, no resulta desdeñable la presencia de republicanos de izquierda o de individuos sin afiliación y activismo político previo. La participación en la violencia anticlerical les permitió demostrar sus credenciales revolucionarias bien para abrirse un hueco en la nueva sociedad, bien para alcanzar el estatus y un poder en la comunidad del que siempre habían carecido. Especialmente sugerente resulta el estudio de la violencia anticlerical desde la perspectiva de género. Se abordan, por un lado, las complejas relaciones entre la masculinidad y la violencia anticlerical; por otro, cómo las relaciones de género establecidas condicionaron las formas de violencia —más simbólicas que físicas— que se ejercieron sobre las religiosas, ya que se consideraba que se las estaba liberando del yugo clerical. Aparte de como víctimas, se analiza también el papel y la lógica de las mujeres que ejercieron violencia anticlerical, normalmente contra objetos religiosos. Habitualmente jóvenes, politizadas desde la primavera de 1936 o tras el comienzo de la guerra, su actuación se vinculó a la defensa de la esfera doméstica y comunal frente a las

intrusiones de la Iglesia ligadas a la represión estatal o las injusticias sociales. Protagonizar la acción colectiva anticlerical brindó además a muchas de ellas la oportunidad de participar de la vida política incorporándose a las estructuras de poder revolucionarias, aunque siempre en puestos subordinados.

Para terminar de poner rostros a la acción colectiva anticlerical, el libro rebate el carácter ilógico e irracional que se atribuye a la violencia anticlerical, pues sus autores la utilizaron como un medio de «destrucción creativa» para reconfigurar el poder en la comunidad y secularizar los espacios públicos en la nueva sociedad revolucionaria en construcción, al tiempo que les abría nuevos espacios físicos y políticos en ella. Refuta también el mito de la violencia espontánea ejercida por masas enloquecidas. Y entre las muy diversas formas de colaboración habidas entre forasteros y lugareños, el libro subraya la contribución activa de los vecinos a la iconoclastia local, si bien esta se vio impulsada por la llegada de los grupos armados o comités de localidades cercanas o de la capital provincial, que rompían los miedos, tabúes o solidaridades comunitarias, especialmente en los casos de asesinato de clérigos en el medio rural. Por último, el repertorio de virulencia anticlerical, muy influido por los rituales públicos católicos, denota la presencia de vestigios de fe religiosa en los iconoclastas. Esa combinación de frío anticlericalismo politizado con la furia generada por creencias y tradiciones religiosas residuales resultaba, a juicio de Thomas, lógica y comprensible en una sociedad como la España de los años treinta sumida en un rápido proceso de modernización y transformación.

Hace muy bien la autora en señalar los peligros metodológicos que se deri-

van de atribuir determinados principios ideológicos y modos de comportamiento a actores históricos por su pertenencia a un grupo social determinado; y más en el caso del anticlericalismo, dado su carácter transversal a otras identidades políticas y sociales. Por ello sorprende que, cuando analiza la configuración de identidades anticlericales entre los trabajadores, sus experiencias parecen totalmente ajenas al republicanismo y a interacciones con sectores de clases medias y populares republicanas, principales impulsores de una movilización anticlerical ya marcadamente politizada a principios de siglo. Hubiera sido necesario, en este sentido, definir quiénes eran esos trabajadores anticlericales. La alusión reiterada a la UGT y la CNT a lo largo del libro da a entender que se trata de clase obrera. Pero hablar de «esfera pública de los trabajadores» en ese sentido restrictivo resulta excesivo, si tenemos en cuenta tanto las características del proceso industrializador y de la clase obrera en España, como las porosas relaciones existentes entre obreros y clases populares. Predomina, por otro lado, una visión demasiado reactiva del anticlericalismo de esos trabajadores dado que no se alude a las prácticas laicistas que ayudaron a configurar su identidad anticlerical, igualmente difundidas entre los que compartían la cultura política republicana.

Asimismo llama la atención la ausencia de referencias al PSOE, sobre todo por comparación con las repetidas menciones a los dos sindicatos obreros. La autora establece una vinculación directa entre la acción colectiva anticlerical y la movilización sindical de los trabajadores, porque esta les sirvió tras julio de 1936 para reconstruir los significados de los espacios públicos pre-

viamente dominados por la Iglesia. Pero no hay que olvidar que el socialismo contribuyó a conformar la cultura anticlerical entre los trabajadores en los años en que el anticlericalismo parecía haber desaparecido del debate público; y ocupó el poder de las instituciones nacionales y locales donde se aprobó y aplicó la legislación laicista de la II República. Por ello la imagen de unos republicanos que gobiernan y unos trabajadores que ejercen la acción desde abajo en esos años resulta demasiado simplificada. Al optar por resaltar las diferencias o tensiones entre gobiernos republicanos y trabajadores anticlericales, se obvia la vinculación entre el pueblo y los gobiernos locales donde tenía representación la izquierda republicana y socialista, y se olvidan las acciones de protesta conjunta en la calle en demanda de medidas laicistas más radicales o para apoyar la aplicación efectiva de las aprobadas en el municipio.

Por otra parte, el libro explora las conexiones entre el estallido anticlerical posterior al golpe de estado de julio de 1936 con las formas de violencia anticlerical popular durante los años de la República en paz; pero lo hace a costa de transmitir la idea de que la protesta anticlerical de los años treinta fue siempre violenta. Sería por ello recomendable precisar qué se entiende por violencia anticlerical y señalar la existencia en esos años de otras formas de protesta no violenta, aunque en su transcurso pudieran devenir virulentas.

Hay que subrayar las enormes dificultades de una investigación de historia desde abajo como la presente, y en especial para el periodo anterior a la guerra por falta de fuentes documentales sobre la violencia anticlerical. La afirmación de que en julio de 1936,

antes de la sublevación, las actividades populares anticlericales estaban más extendidas, politizadas y radicalizadas que nunca (p. 98), contrasta con la cronología propuesta por Rafael Cruz en *En el nombre del pueblo*, para quien el ciclo de movilización anticlerical habría comenzado a decaer desde junio. Son necesarias pues más investigaciones que ayuden a precisar, entre otras cuestiones, la evolución cronológica de la protesta durante los años de una República en paz. Y también sus motivaciones. Según la línea argumental de María Thomas, el resentimiento anticlerical de los trabajadores respondía a la legitimación que la Iglesia prestaba al Estado para sus intrusiones en la esfera privada de aquellos, intrusiones que aumentaron en tiempos de la República (p. 64). Sin embargo, la movilización anticlerical se intensificó precisamente en los periodos en que gobernaban los republicanos, en el primer bienio con los socialistas y durante la primavera de 1936, cuando menos se podría hablar de legitimación eclesiástica al régimen republicano. Eran los momentos de mayor oportunidad política para lograr que se hicieran realidad las aspiraciones laicistas. Cuando más represivo e invasor se volvió el Estado, tras octubre de 1934, las acciones anticlericales disminuyeron considerablemente, incluidas las violentas.

Esa misma línea argumental también suscita algunas reservas cuando se utiliza para explicar la lógica de la violencia anticlerical femenina durante la guerra frente a la penetración del Estado republicano. En este punto la autora califica de modalidad «tradicional» de protesta las acciones de violencia de las mujeres orientadas a defender lo doméstico y comunal, sobre todo en el

mundo rural. Apelando a las fronteras permeables de lo público y lo privado, identifica defensa de la comunidad con defensa de la domesticidad. Los estudios de género, no obstante, han señalado que las salidas de las mujeres al ámbito público se realizaron muy habitualmente desde presupuestos permitidos por las relaciones de género establecidas, lo que implicaba de facto una superación del limitado marco de lo doméstico. Por ello no queda tampoco

claro por qué la autora define esa violencia como «tradicional».

En última instancia, la cuestión remite al debate historiográfico de fondo sobre el carácter tradicional o moderno de la protesta anticlerical contemporánea, que hubiera requerido una reflexión explícita al respecto. El profundo conocimiento que sobre la violencia anticlerical popular demuestra María Thomas en esta obra a buen seguro habría resultado iluminador.

---

*María Pilar Salomón Chéliz*

Universidad de Zaragoza

psalomon@unizar.es

MICHONNEAU, Stéphane, y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (estudios reunidos por): **Imaginario y representaciones de España durante el franquismo**, Madrid, Casa de Velázquez, 2014, 281 págs.; ISBN: 978-84-96820-65-6.

La obra colectiva que aquí reseñamos presta atención a dos de las cuestiones que mayor atención y renovación están recibiendo en los últimos veinte años por parte de la historiografía sobre la España contemporánea: el nacionalismo español y la dictadura franquista. Un período para el cual, pese a la multiplicación de estudios y el progresivo desplazamiento desde la historia político-institucional hacia la historia social y cultural, sigue siendo escaso nuestro conocimiento sobre los procesos de nacionalización española, algo que contrasta con los numerosos avances que en el estudio del nacionalismo español se han producido para el período del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Pese a ello, lo cierto es que a partir de la investigación de Ismael Saz sobre los «nacionalismos franquistas», en la que se definía al

franquismo como «dictadura nacionalista» y se subrayaba la enorme importancia del nacionalismo español en el origen, naturaleza y proyecto socializador del régimen de Franco, diversos trabajos han empezado a estudiar en la última década la relación entre nacionalismo español y franquismo, pudiéndose destacar las aportaciones, entre otros, de autores como Xosé Manuel Núñez Seixas, Zira Box, Julián Sanz, Sara Prades, Lara Campos, Andrea Geniola o José Carlos Rueda Laffond. Teniendo en cuenta este panorama, los trabajos reunidos por Stéphane Michonneau y Xosé Manuel Núñez Seixas pretenden, tal y como señalan estos autores, aportar materiales para abordar desde perspectivas inspiradas por la «historia cultural» los procesos de «construcción de los imaginarios simbólicos y culturales del nacionalismo